

## EL HUMORISMO EN LA OBRA DE ARTURO CANCELATA\*

Se cumplen ahora cincuenta años de la muerte de Arturo Cancela, ocurrida en 1957. Hace poco José Claudio Escribano lo evocó entre nosotros en su calidad director del Suplemento Literario de *La Nación*, y con palabras breves y acertadas trazó el perfil básico de su obra. Corresponde ahora, dada la ocasión, ampliarla con mayores datos y precisiones que incluyen, como prólogo, algunas reflexiones acerca de la naturaleza del humorismo.

Para quien habla, Cancela se convirtió en una obsesión, también en una fiesta de la lectura, ya desde una lejana juventud. Y su resonancia, bastante apagada a la fecha, no ha cesado aún a través de unos ecos remotos. Lo que no impide que pueda ser considerado como un clásico de la literatura argentina moderna.

Es claro que como en otras categorías literarias la exhibición de su humorismo requiere la existencia de ciertas condiciones, a veces contradictorias, llenas de matices y acentos distintos. Bajo su égida se encuentran especies como la ironía, la sátira, la parodia, la burla y hasta el chiste, que Freud analizó con agudeza. Porque se trata, en el vasto espectro que abarca, de algo bastante complejo. Desde los retruécanos, bastante burdos a veces, de Aristófanes, pasando a través de los *fabliaux* de la Edad Media, por la novela picaresca, por Cervantes, príncipe y epitome del mejor humorismo, Swift, Voltaire, algunos románticos alemanes y, más recientemente, por Dickens, Mark Twain, Gogol, Chejov, Oscar Wilde, Bernard Shaw, Thomas Mann, una de cuyas especialidades es la ironía distanciadora, rasgo advertido por el doctor Barcia en uno de sus recientes trabajos publicados en nuestro Boletín, y muchos otros, lo que hace una lista larga y variada. Pues cada humorista, es

\*Homenaje a Arturo Cancela en el cincuentenario de su fallecimiento. Comunicación leída en la sesión ordinaria 1259 del 27 de septiembre de 2007.

obvio, posee su propio estilo. Si estuviéramos en el campo de los instrumentos de viento hablaríamos de una embocadura personal. No en vano en el siglo XVIII, época dorada para el cultivo del humorismo, se hablaba en Francia del *esprit* y en Inglaterra del *wit*.

Aparte de la aprobación buscada, el humorista requiere una señal del público lector, su cómplice, ese entendedor de su ademán. Que no es tanto el aplauso estruendoso como las distintas gradaciones de la sonrisa que, en ocasiones afortunadas pueden terminar en la franca carcajada. así construye un sistema de válvulas o espitas con el que regular presiones o tensiones que, de otro modo, podrían estallar. Con el daño consiguiente para el cuerpo social con lo que se produce un alivio en los diferentes estados de ánimo afectados que agrega una acción terapéutica a sus otros beneficios. El humorista, por lo demás, forma parte de una minoría, ya que la experiencia nos demuestra que, hasta la fecha, la mayoría no es proclive a la degustación de sus frutos. Pues exige, entre otras cosas, un cierto refinamiento, al igual que un estado de civilización avanzado. Es que el humorismo nace de la experiencia de un dolor previo. En un estado utópico de felicidad plena, el humorismo sería imposible. Es verdad que uno no puede ni debe reírse ante el dolor propio o ajeno, hondo o leve, pero si éste no existiera, la actitud del humorista no podría darse. Son las imperfecciones no mortales de la existencia y del comportamiento humano quienes lo generan. También una localización concreta de tiempo y lugar en que situación y personajes se interrelacionan.

la mente del humorista enfrenta una realidad determinada, muchas veces de carácter social. Pues el humorismo siempre se da como una coparticipación de un espectáculo más amplio. Y lo enfrenta mediante un juego que no está al alcance de todos. Ya que supone una especie de voltereta mental en la que el espíritu del humorista, como también sus recursos verbales, y mediante una inteligencia adiestrada al efecto, da un giro sobre sí mismo. Para ver las cosas de esa realidad que elige con otro enfoque o manera. Las atraviesa, por decirlo así, y devuelve la imagen de lo contrario de aquello que el público, instruido de antemano en sus trucos, espera. A eso se debe que tanta gente que posee ciertas dotes especulativas sea inmune a sus efectos, los ignore o los desprecie. “No es serio”, dicen sin percatarse de que la actitud del humorista es muy seria, aunque no destruya, sino intente erigir su edificio literario de

un modo distinto mediante los recursos intelectuales y verbales de que dispone. Al presentar esa realidad, que es la aparente, de una manera sesgada, oblicua o contraria a la visión habitual, su autor descoloca al lector para intentar una recolocación donde pueda verse lo que impedía ver una realidad desde una perspectiva adecuada, lo que estaba oibstruido. Para decirlo de otro modo, sin la aplicación de una determinada inteligencia y sensibilidad. De ahí el menosprecio u odio que tantas personas, fanáticas por lo común, experimentan ante ese fenómeno donde para ver las cosas como son en realidad haya que ponerlo todos patas arriba. O cambiar el enfoque de costumbre. El efecto de contraste respecto a lo que habitualmente se aguarda, siempre que no acabe en un daño irreparable, genera la sonrisa. O la risa. Excepto cuando el lector forme parte de esos monoblocs mentales, que también abundan.

Y vamos ahora a nuestro asunto central. Arturo cancela nació en Buenos Aires en 1892 y cursó estudios terciarios en el Instituto del Profesorado. Luego ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras, cuyas aulas abandonó algo después. Hubo una breve insursión en *La Nación* como director de su Suplemento Literario a comienzos de la década del veinte, según se mencionó, pero su carrera profesional se hizo en el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, según la denominación de entonces. Y allí llegó a desempeñarse como inspector de enseñanza secundaria. Lo que suponemos le proporcionaría cierto ocio para sus proyectos literarios. Escribió una serie de ensayos como “La mujer de Lot”, y su ideario político de entonces lo llevó a redactar un “Diario de Nasute Pedernera” donde Cancela se explayó a gusto desde la perspectiva de un antiyrigoyenismo furioso.

No fue en el tiempo el primer humorista de nuestras letras. Tampoco el último. Leyó a Eduardo Wilde, a Fray Mocho y a unos cuantos más, però no participó de los juegos verbales de los integrantes de *Proa* y de *Martin Fierro*. En la década del treinta colaboró en la composición de cuentos y comedias con Pilar de Lusarreta, pero su fama, acallada hoy por su desafortunada y lamentable actitud política, a nuestro juicio personal, que lo llevó a enrolarse en la fila de los partidarios del Eje y, consecuentemente, en las filas del peronismo, no ha reverdecido. Bioy Casares lo situaba en sus comienzos literarios como a uno de sus maestros, lo que asimismo significa algo.

Sin embargo, Cancela no hubiera trascendido si no hubiera sido publicado en 1922, en la legendaria editorial de Manuel Gleizer, por los *Tres relatos porteños*. Y, casi veinte años más tarde, en 1941, aparece la obra maestra, su *Historia funambulesca del profesor Landormy*. El ademán crítico que el humorismo acarrea consigo, junto con una buena dosis de escepticismo y dudas, suelta sus riendas en los *Tres relatos...* El primero de ellos, “El cocobacilo de Herrlin”, es el mejor. Podemos ubicarlo en la época de Alvear, en vísperas de una elección nacional, y su intencionalidad política no decae. Tampoco la semblanza de sus personajes principales, entre los que se yergue la figura del sabio sueco Augusto Herrlin, quien viene contratado por el gobierno para proporcionar remedio a la plaga de conejos que amenaza con devorar la riqueza agraria del país. (La sátira va dirigida al costoso organismo que se armó para combatir la langosta). Venido de otro mundo, el sabio e ingenuo sueco se ve envuelto, a su pesar, en una serie de intrigas que terminan por hacer fracasar su misión científica en medio de situaciones de cómica impronta. La unión con una apetitosa matrona, dueña de la pensión donde Herrlin se hospeda, le da a esta nouvelle el final feliz esperado, igual que lo que ocurría en la comedia ática del siglo V antes de Cristo. Su escritura impecable (Cancela utiliza siempre con respeto y eficacia suma los recursos del castellano), realza los valores de esta pieza humorística.

Si en “El cocobacilo...” aparecía un pequeño sector de la realidad nacional que el cuento recogía, Tras veinte años de maduración, Cancela publica en Losada su “opus magnum”, *La historia funambulesca del profesor Landormy*. Lo que antes había sido, un cuento largo, ahora se transforma en un vasto fresco que muestra diversos aspectos de una realidad magnificada y deformada a través de una visión que no pierde el ademán primigenio de la sonrisa comprensiva. Y arranca con un gesto con gesto decidido, el velo de la hipocresía con que intentan ocultarse los lunares que hacen a la realidad social de su época. Pero sin crueldad, algo ajeno a sus dotes de humorista, lo que no ocurre, por ejemplo, en casos como, por ejemplo, de un Jonathan Swift. Es que el humorista no aspira por lo común a erradicar males profundos, éstos que hacen y deshacen también el tejido social. No tiene ni los medios ni la vocación para esa tarea. Le basta con despertar esa sonrisa, el premio al que aspira, y en su escepticismo aguardará que las cosas se vayan arreglando

del modo que sea y sobre las cuales no ejerce control alguno. El solo registra, testimonia, y el juicio que puede formularse es uno tácito.

Lo que puede hacer, y lo hace a las mil maravillas, a través de su enfoque específico, es advertirnos acerca de una realidad determinada, profundizando en el tema más allá de lo que el mortal común y corriente hace.

El marco ya se lo había proporcionado el “Cocobacilo”. En esta ocasión el sujeto-objeto de esta novela polifónica es un profesor universitario francés llamado Abel Landormy. Los nombres que Cancela pone a sus criaturas son siempre intencionados y en ocasiones muy graciosos. El autor aprovechó para su uso propio la visita de Antole France a nuestro país en 1911 y lo traslada con modificaciones a la Argentina presidida por Marcelo T. de Alvear, el último presidente argentino no ajeno a los avatares de la cultura que en su momento enorgulleció a la República. El profesor, profusamente homenajeado en un comienzo, poseedor de un renombre internacional, se convertirá paulatinamente en una marioneta o títere manejado por otros poderes, sometido a vientos que soplan en direcciones ajenas a su voluntad personal. Y el adjetivo “funambulesco” del título le ajusta perfectamente. Cancela le toma cariño a su abombado protagonista. No tanto al principal antagonista, el doctor Aníbal J. Izquierdo, cuyo apellido también lo define, un fogoso y donjuanesco político de corte socialista, aunque de un socialismo al *sui generis*. Que es también un experimentado orador, cuyas quilométricas y retóricas arengas rivalizarán con las del embajador nicaragüense en la Argentina, Pestorejo y Sanabria. Las tenidas entre ambos oradores, teñidas de una oratoria vacía, tomada según confesión del propio Cancela del *Fray Gerundio de Campazas* del padre Isla, resultan desopilantes, aún hoy.

La novela, que hemos designado como polifónica porque son muchas y diversas las voces que se entremezclan y concurren, se sitúan, dentro de un tramado impecable, donde todo se confunde al mismo tiempo. Aparecen así, por ejemplo, las coristas de una compañía francesa de revistas alguien que podría ser Mme. Rasimí (la novela está escrita en claves bastante transparentes), el pintoresco jefe de policía, general Villadiego, otros policías, los comisarios Piaggio y Pellerano (porque también se incluye una novela policial), la Universidad con los figurones de entonces, los “niños bien”, especie hoy casi extinguida, cuyas gar-

connieres están adornadas con azulejos pompeyanos, la justicia en el fuero federal a cargo del doctor Prudencio Velázquez, quien se casa con la madama de un prostíbulo, un senador de la oposición que ostenta los rasgos del caudillo de Avellaneda Barceló, los dos senadores radicales de Entre Ríos, la directora del Ejército de Salvación, una inglesa seca y avellanada, diría Quevedo, y mucho más, todos los cuales poseen una identidad distintiva. Como, por ejemplo, el periodista compatriota de Landormy, Hegesippe Lajeunesse, que es un retrato velado de Paul Groussac.

Pero quien se lleva la palma es el doctor Izquierdo, vestido siempre de luto riguroso y adornado con unos bigotes mosqueteriles, tras del cual puede percibirse la figura polémica del doctor Alfredo Palacios, ridiculizado en sus defectos menores, pero del que no pueden ponerse en duda su honestidad intelectual como tampoco su probidad personal. Pero, aunque Cancela se encarnice con ejemplares de la entonces clase dirigente, la auténtica maldad está ausente. Esa no es tarea de humoristas.

Y, para concluir, referido a un tema que nos es particularmente caro, debemos apuntar al respecto, la parodia que revelan los largos títulos de cada capítulo. Hay que señalar asimismo que cada capítulo de esta "Historia", admirablemente compuesta, no es una obra profunda, de esas que exigen varias lecturas y diferentes actitudes hermenéuticas.

Los silencios o, como se dice actualmente, los "ninguneos", abundan en todas las literaturas. También en la nuestra. Y creemos que es justo romper lanzas por el Cancela escritor, no por Cancela, el hombre. Justicia poética, como quien dice, en quien la compasión y su aliada, la sonrisa, nunca están ausentes ante el destino acontecido a sus funambulescos personajes.

Rodolfo Modern